

recorrido inútilmente los alrededores de Palacio, en cuya ocasion no habian sido escuchados ni de los mismos franceses.

Volvieron á montar á caballo y fueron á encontrarse con Murat.

Este se encontraba, segun hemos dicho repetidas veces, en lo alto de las afueras de San Vicente, acompañado del mariscal Moncey.

Llegaron allí los comisionados de la Junta, esto es, Ofarril y Azanza, y dijeron al gran duque, que si mandaba suspender el fuego y les daba para acompañarles uno de sus generales, se ofrecian y comprometian á restablecer la tranquilidad.

Esta vez el gran duque de Berg, á pesar de su arrogancia y de la equívoca victoria obtenida sobre los invencibles defensores del Parque, respondió con mesura á los comisionados:

—¿Y creéis, señores, que el pueblo se pacificará con vuestros esfuerzos?

La voz de Murat al pronunciar estas palabras estaba visiblemente alterada, efecto de una honda impresion.

Los comisionados de la Junta le respondieron:

—Nosotros podemos asegurarlo á V. A., gran duque: además, el pueblo se encuentra abatido en estos momentos.

Aquellos dos majaderos no comprendian, eran incapaces de comprender, en la pequeñez de su corazon, qué clase de abatimiento era el que dominaba al heróico pueblo de Madrid.

Si aquel pueblo que consideraba abatido, dispusiese entonces de los elementos necesarios para seguir combatiendo, para luchar hasta el extremo último, ¿hubiera ter-

minado su decidida y tenáz resistencia con los inauditos y gloriosos sucesos del Parque?

No, seguramente; y es lástima grande que Ofarril y Azanza, y muy particularmente el primero, no hubiesen comprendido esto mismo un mes ó quince dias antes, en vez de poner en manos de Murat las armas con que el pueblo contaba, si el pensamiento del valeroso Velarde hubiese hallado la aprobacion del malhadado ministro de la Guerra.

El general Murat respondió á los pretendidos pacificadores:

—En ese caso, señores, hareis un bien al mismo pueblo; pues nada habrá tan grato para mí como que la buena inteligencia y la paz se restablezcan entre el vecindario de Madrid y mi ejército.

Conforme el príncipe Murat con el proyecto de la Junta de Gobierno, envió al general francés Harispé, acompañando en su mision pacificadora á los citados Ofarril y Azanza.

Juntos los tres, dirigiéronse á los Consejos, y asistidos por individuos de todos ellos, distribuyéronse por calles y plazas.

Ondeando una bandera blanca, recorrieron así los puntos principales, dirigiéndose con palabras tranquilizadoras á las gentes que encontraban.

Las ofertas de «olvido de lo pasado» se repitieron sin cesar.

—¡Olvido de lo pasado y reconciliacion general!—gritaban unos y otros con una entonacion de verdaderos apóstoles.

Aquel pueblo, siempre magnánimo y poderoso; aquel pueblo, tan pronto á exasperarse ante la sola idea de una

bajeza, como fácil en ceder á los afectos de la fraternidad, se aplacó bien pronto.

Casi todos, aun los más irritados, cedieron á los ruegos que se les hacian con tan pomposas palabras, y se retiraron á sus hogares con la tranquilidad en sus corazones, y fiados en la generosidad del enemigo.

Por esta parte la tranquilidad llegó bien pronto á ser completa.

Mas no bien los españoles se habian entregado á la confianza, la escena cambió únicamente en la forma.

Poco á poco los franceses fueron entrando en la capital y uniéndose á los que dentro habian combatido.

Todos los puntos importantes, y en particular las bocacalles, una tras otra, se vieron ocupadas por el enemigo, quien situó, particularmente en las encrucijadas, cañones con las mechas encendidas.

Aunque el dolor de las pérdidas sufridas era profundo, hemos dicho ya que se respiraba con la idea consoladora de que al ménos haria pausa la desolacion y la muerte.

¡Bella, pero engañosa esperanza, la de los desventurados madrileños!

Median por la generosidad de sus nobles sentimientos la dudosa generosidad y los sentimientos del pérfido adversario!

¡Engañosa esperanza, repetimos, triste ceguedad la de un pueblo que no sabia apreciar el valor del extranjero, sino por la generosa medida de su propio valor, de su proverbial hidalguía!

Serian apenas las tres de aquella horrible tarde, cuando una voz lúgubre comenzó á correr por la capital con la celeridad del rayo.

Decíase nada ménos que españoles tranquilos habian

sido cogidos por los franceses y arcabuceados al lado de la fuente de la Puerta del Sol y la iglesia de la Soledad.

Con la escursion de Ofarril y Azanza y sus agregados, habia podido salvarse la vida á algunos infelices, víctimas de la extranjera venganza; y señaladamente á ruegos del mismo Ofarril se perdonó á unos traficantes catalanes, próximos á ser fusilados (1).

Pero por lo demás, españoles tranquilos regaban con su inocente sangre los parajes indicados.

Casi no se atrevian á dar crédito las familias honradas á tal atrocidad.

Prendidos con el pretexto de que llevaban armas, aunque algunos no las tenian, quedaron depositados muchos madrileños en la casa de Correos y en los cuarteles, donde se les encerraba como reses destinadas al matadero.

Las autoridades españolas, fiadas tambien, como acostumbaban, en el convenio hecho con los franceses, descansaban en el puntual cumplimiento de lo pactado solemnemente.

Y para aumentar la nueva desolacion que comenzaba, casi instantáneamente apareció fijada en todas las esquinas la siguiente bárbara proclama, escrita en el más detestable español; que hasta en esto habia de atropellar Murat á nuestra querida pátria.

(1) A nuestro amigo el eminente actor del teatro de *Varietades*, señor Oltra, debemos la noticia de que las víctimas D. Manuel y D. Pedro Oltra, fusilados despiadadamente en aquel aciago dia, eran abuelo y tio paternos respectivamente de dicho apreciable artista.

Es una coincidencia bien notable, que, como la de Mad. Lagrange, respecto del general de este nombre, vienen á sorprendernos al cabo de tantos años trascurridos. Ignorábamos que al Sr. Oltra cupiese tan alta honra.

Decía así la orden del día: «Soldados: La población de Madrid se ha sublevado y ha llegado hasta el asesinato: sé que los buenos españoles han llorado este desorden; estoy muy lejos de mezclarlos con aquellos miserables que solo anhelan el pillaje; pero la sangre francesa ha regado las calles de la capital, y clama una venganza. En su consecuencia, mando:

»1.º El general Grauchi convocará esta noche una comisión militar.

»2.º Todos los que han sido cogidos en el alboroto y con las armas en la mano, serán arcabuceados.

»3.º La Junta de Estado va á desarmar los vecinos de Madrid: todos los habitantes y pasajeros que despues de la ejecucion de esta orden se hallasen armados ó conservasen armas sin especial permiso, serán arcabuceados.

»4.º Todo lugar donde sea asesinado un francés será quemado.

»5.º Toda reunion de mas de ocho personas, será considerada como una junta sediciosa y deshecha por la fuerza.

»6.º Los amos quedarán responsables de sus criados: los jefes de talleres, obradores y demás de sus oficiales: los padres y madres de sus hijos, y los ministros de los conventos de sus religiosos.

»7.º Los autores, vendedores y distribuidores de libros impresos ó manuscritos provocando á la sedicion, serán considerados como unos agentes de la Inglaterra y arcabuceados. Dado en nuestro cuartel general de Madrid á 2 de mayo de 1808.—*Joaquin*.—Por mandado de Su Alteza Imperial y Real, el jefe de Estado Mayor general,—*Belliard*.»

A esta salvaje orden del dia, cada una de cuyas frases

respiraba el rencor y la venganza, precedía una proclama, concebida en términos análogos y ajenos á toda idea de humanidad y de cultura.

Antes de seguir el curso de los sucesos y para terminar este cruel capítulo, debemos consignar que en medio de la confusion que despues de tomado por los franceses el Parque habia reinado, sucedió que varias personas de las que tan bizarramente se habian batido, llevaban su valor y su abnegacion á un extremo, que solo se comprende entre españoles.

Mientras que los franceses, ciegos con el afan de ocupar aquella posicion, que tanta sangre les habia costado, se precipitaban dentro del edificio, algunos artilleros de los que habian estado con Daoiz, y tambien algunos paisanos, aprovecharon la confusion y retiraron el cuerpo de D. Luis Daoiz, que era una continuada herida.

Tal se habian ensañado con él los granaderos de Lagrange.

El maestro de coches, Juan Pardo, facilitó á los generosos compañeros del malogrado militar una escalera de mano.

Daoiz aun daba señales de vida, si bien esta se apagaba por momentos.

Colocado, pues, en la escalera, fué conducido á su casa.

Esta estaba situada en la calle de la Ternera, núm. 12.

Segun se asegura por todos cuantos se ocuparon del triste fin del inmortal artillero, honra de su cuerpo y lumbrera de la esclarecida pátria, parece que al abrir los ojos reconoció el cuarto en que se hallaba.

Sin embargo, no pudo proferir más palabras que para llamar á su asistente.

El oficial de guardias españolas, D. Francisco Javier Cavanés, fué á avisar á la parroquia de San Martín, volviendo á poco acompañado del sacerdote Fr. Roman García.

Pero Daoiz habia perdido absolutamente el habla.

Unicamente respondió á las exhortaciones del sacerdote que le llevaba el Viático, apretándole la mano, siendo probado que hasta el fin conservó todo su conocimiento.

Pocos momentos despues de recibir la Uncion, entregó á Dios su alma, habiendo derramado tan generosamente su sangre en defensa de la pátria que le vió nacer, y que recordará eternamente con orgullo á tan ilustre hijo.

En cuanto al cadáver de Velarde, pasó con él una cosa verdaderamente singular.

Habia sido desnudado instantáneamente, sin saberse por quién.

Pero tambien, como aconteció á Daoiz, los valientes que con tanto arrojo secundaron sus esfuerzos, le envolvieron en una tienda de campaña (1) y le dejaron retirado en el interior del edificio hasta las tres de la tarde.

A esta hora lo trasladaron paisanos y artilleros á la parroquia de San Martín, á través de mil dificultades, y procurando desorientar á los franceses sobre si podian ser los restos del inmortal artillero.

Cuando el Maestro retiró herido á Utrera, este, que vió caer al jóven capitán y recordó su encargo, dijo al artesano:

—Amigo mio, Velarde ha muerto: ahora mismo le he visto caer: yo no puedo acercarme por mí solo... ¿quiere Vd. hacerme un favor?

---

(1) Histórico.

—Diga Vd. pronto,—respondió el Maestro,— pues sin pérdida de tiempo es preciso vendar la herida de Vd., y que ambos huyamos cuanto antes.

—El ha muerto,—replicó Utrera,—y ante todo es preciso cumplir su voluntad.

—Disponga Vd. pues...

—Tome Vd. este pañuelo.

Y el amante de María sacó del bolsillo el pañuelo que una hora antes le habia entregado Velarde.

El Maestro lo tomó, fijando en su noble amigo una mirada de estrañeza.

Este añadió:

—Acérquese Vd. á nuestro desgraciado compañero y observe ante todo si en realidad ha muerto...

—¿Y despues?...

—Si está muerto, si no da esperanzas de vida, empape Vd. ese pañuelo en su sangre: con él ha querido hacer un legado á una persona querida.

El artesano se dirigió adonde Velarde yacía exánime.

Cogió una de sus manos y la pulsó: tocó sus sienes y no halló un solo latido: aplicó el oido á su boca, y no respiraba.

Entonces, ejecutando las órdenes de Utrera, empapó en la sangre del héroe el pañuelo, comprimiendo la herida abierta por la traidora bala en su noble corazon.

Despues el Maestro volvió adonde estaba Utrera, y besando antes con religiosa veneracion el ensangrentado pañuelo, se lo entregó diciendo:

—¡Es una preciosa herencia! ¡dichoso el que la recoja!

Y dos lágrimas, lágrimas tan sinceras como espontáneas, corrieron por las mejillas del Maestro, dejando un

surco que trazaron sobre la negra tez, manchada por la pólvora del combate.

—Ahora,—añadió,—á salir de aquí cuanto antes!..

—Lo creo difícil, amigo mio,—respondió Utrera,—mientras el artesano le vendaba la pierna.

—Dios nos ayudará,—repuso.

—Por lo que pueda suceder, debo hacerle un encargo.

—¿Qué encargo es?

—Si yo no puedo salir de aquí, Vd. está ágil, Vd...

—Por lo mismo que estoy ágil, saldremos los dos.

—Bien; pero no por eso debo prescindir de tomar mis precauciones. Decia, que si desgraciadamente no salgo de aquí, Vd. puede llegar hasta donde Vd. sabe...

—Sí, comprendo: continúe Vd.

—María debe estar en una terrible ansiedad; temo que á su anciano abuelo le habrá acontecido alguna desgracia...

—¿Y bien?

—Procure Vd. saber su paradero, y si, lo que es posible, hubiese perecido, póngase de acuerdo con el señor Nicolás, y juntos ampáren á la pobre María...

—¿Tiene Vd. más que decirme?

—Sí: este pañuelo, que yo guardo, en el caso de perecer aquí, lo entregará Vd. á la condesa del Ramal, que vive calle del Arenal, número...

El Maestro, que habia concluido de vendar la herida del jóven, le interrumpió diciendo:

—Bien: todo lo que Vd. me dice se hará á su tiempo; mas entretanto, haga un esfuerzo, ampárese de mí, y probemos á salir de este sitio cuanto antes, ahora que esos canallas parecen ocuparse tan solo en tomar posesion de este sitio...

## CAPITULO XXXV.

## Horas de doble terror.

Durante la encarnizada refriega, y oyendo el eco repetido y mortal de las descargas, el retumbar del cañon y los gritos del pueblo, la tímida y desconsolada María fué presa de mortales inquietudes.

Desde las ocho de la mañana, ni su abuelo ni su amante habian aparecido en la casa; y unido esto á las funestas nuevas que en las primeras horas la habia traído un criado, la hizo temer sériamente por la suerte de los seres que tanto la querian, y cuya pérdida la reduciria de nuevo á una cruel horfandad.

Agitada y convulsa, á cada instante que sus oidos percibian el mas confuso rumor por las escaleras, ó cuando su afanoso deseo la hacia creer que llamaban á la puerta, corria desalada, adelantándose á sus criados, creyendo que alguno de los dos, Utrera ó el anciano, llegarian á acom-

pañarla, á consolarla, á librarla de la terrible ansiedad que agitaba su espíritu.

Pero nada; ella, como sus fieles criados, se engañaron repetidas veces, dando tan solamente crédito á la voz de su deseo.

Así trascurrió la mayor parte de aquel dia mortal.

La pobre criatura, perdida, unas tras otras, todas las esperanzas, sin fuerzas ya para resistir á su hondo pesar, angustiada, ni aun escuchaba las frases de consuelo con que la servidumbre pretendia en vano tranquilizarla.

Por fin llegaron las tres de la tarde.

A esta hora habia terminado la lucha entre el pueblo y los soldados de Napoleon, si bien desde entonces comenzaron de parte de estos los asesinatos.

María lloraba con toda la amargura que sentia en su corazon.

Hasta cierto punto la esperanza la habia alimentado; pero ya entonces, ni aun los mismos criados, tan dudosos como ella, no se atrevian á inventar artificios ni frases, que ellos eran los primeros en reconocer estériles.

Habíanse engañado repetidissimas veces; en todas ellas habian corrido á la puerta, que abrieron atendiendo á un llamamiento quimérico.

Era el momento en que Madrid se habia pacificado, á instancias de la Junta de Gobierno y á gusto de los franceses.

La amante de Utrera ni aun tenia valor para fomentar ni una nueva ilusion que la sostuviese.

Horribles presentimientos agitaban su mente.

Su tierno corazon latia ahora bajo el temor de horribles desgracias.

Ya no habia consuelo para la pobre niña.

Tal vez Montenegro y su adorado Utrera habian succumbido al mortífero plomo del francés, y yacian bañados en su sangre, Dios sabe dónde, tendidos en alguna plaza ó bocacalle.

Tan graves temores, si la ausencia de aquellos dos seres que tanto la querian no bastaba á inspirarlos á la desconsolada jóven, los hacia brotar el recuerdo del ódio marcado que uno y otro, Utrera y el anciano, profesaban á los enemigos de España.

No habia, pues, lugar á duda.

Tampoco abrigaba ya la esperanza mas ligera.

De prento un suceso, un suceso verdadero, suceso inesperado, la hizo estremecerse, conmoviendo su corazón.

Dos golpes, dados fuertemente en la puerta, pero golpes no imaginarios como los que antes se habia figurado oír, vinieron á reanimar su espíritu desfallecido.

Tal vez Utrera, el anciano Montenegro... acaso los dos llegaban en aquel instante venturoso.

En alas de la esperanza, mas bien voló que corrió hácia la puerta de la escalera, tan rápidamente, que por muy ligeros que intentaron acudir su doncella y un criado, ya la solícita jóven habia puesto su mano sobre el cerrojo, y se disponia á abrir con la misma presteza.

Los latidos de su corazón eran tan fuertes, que casi los sentia tan claros como el golpear de un martillo sobre el yunque.

Por fin corrió el cerrojo, y abrió llena de ansiedad.

Pero al fijarse sus ojos en la persona que habia llamado lanzó un fuerte grito, y retrocedió como espantada.

Tal fué su sorpresa, y aun podemos decir su terror, que á no sostenerla oportunamente su doncella, la jóven María hubiese caído desplomada sobre el suelo.

No era extraño.

Eugenia de Montenegro, su madre, se había ofrecido á sus ojos tan repentina é inesperadamente, que casi la tomó por una vision.

La fascinada jóven retrocedió, como decimos, cayendo en los brazos de su doncella, casi privada de conocimiento.

Eugenia avanzó precipitadamente hácia su hija con ademán de socorrerla; pero al dar algunos pasos se detuvo y fijó en el rostro de la jóven una mirada indefinible de tristeza.

Pareció como que temia tocarla.

—Llévela Vd. á su habitacion, y procure sosegarla,— dijo Eugenia con una voz, que por la primera vez acaso parecia triste y apesadumbrada; y cerrando luego la puerta siguió á María y á los criados, que la sostenian exánime en sus brazos.

Al llegar al gabinete de la jóven, la sentaron en un sillón.

Pero no habia perdido la razon, y su rápido desvanecimiento desapareció bien pronto, permitiéndola fijarse con estupefaccion en la mujer que, habiéndola llevado en sus entrañas, siendo su madre, la inspiraba tal vez un terror más profundo que los horrores de aquel aciago y tremendo dia, tan fecundo en emociones desconsoladoras para la tímida criatura.

Eugenia se sentó frente á su hija, pero á una larga distancia, desde donde la estuvo contemplando mucho tiempo en silencio, y sin perder ni su mirada ni su rostro el marcado destello de tristeza que los mismos criados de la casa, ménos preocupados que María, distinguieron al primer golpe de vista.

Sin embargo, ellos tambien, como su nueva ama, extrañaron la repentina aparicion de Eugenia, exceptuando á la doncella de María, que Montenegro habia admitido á su servicio, con'destino exclusivamente á a pobre huérfana.

Cuando Eugenia comprendió que su hija se recobraba, preguntó con ansiedad á su antiguo criado, que la contemplaba como á un huésped del otro mundo:

—¿Y mi padre?... ¿está en casa mi padre?

El criado balbuceó una negativa.

—¿Que no está en casa, dices?—volvió á preguntar Eugenia sobresaltada.

El criado no respondió.

—¿Habré entendido mal, Domingo?—insistió la hija de Montenegro.

—Desgraciadamente,—respondió por fin el criado,—ha comprendido Vd. demasiado bien, señora.

—¿Pues qué?...

—Desde esta mañana muy temprano, no hemos vuelto á saber del señor; estamos en una continua zozobra.

—¿Y no habeis averiguado?...

—¿El qué, señora?

—¿Qué es lo que puede haberle sucedido?

—¿Y cómo?

—Buscándole en los sitios adonde solia concurrir ordinariamente.

—Imposible: con los horrores que se cometian por esas calles, y además, con tanta confusion, era difícil buscar al señor: hubiera sido inútil.

—Pero... ninguna noticia...

—Ninguna: tememos que la primera que llegue habrá de ser fatal. ¡Son tan numerosas las desgracias que han ocurrido!



Eugenia no replicó.

Las palabras del criado parecían haberla causado una viva impresion.

Por espacio de algunos segundos guardó profundo silencio.

Luego murmuró como si hablara consigo misma:

—¡Lo temia!... ¡Mas será posible, Dios mio! ¡Le habrán atropellado... asesinado tal vez!

Y llevándose ambas manos á su frente, rompió en amargos y entrecortados sollozos.

María contempló entonces aquella mujer con visible sorpresa.

Semejante actitud era para la pobre niña incomprendible.

Ya en un principio la brusca aparicion de Eugenia la habia causado cierto sobrecogimiento, que hasta llegó, como hemos visto, á desvanecerla.

Su sobrecogimiento era motivado, como saben muy bien nuestros lectores, por el terror, por la terrible opinion que de Eugenia tenía formada.

Mas por lo mismo que tenía de ella semejante opinion, su extrañeza, su sorpresa creció de todo punto al contemplar las lágrimas que su madre derramaba en aquel momento de ansiedad.

La pobre jóven creía á su madre incapaz de llorar, y más aun, de llorar por la desgracia que todos temian hubiese acontecido á su padre.

Durante algunos minutos los sollozos de aquella mujer extraordinaria, sollozos inexplicables, inverosímiles para María, se repitieron con tenaz desconsuelo, y parecia no ser dueña de sí misma.

—¿Por qué llora Vd., señora?—preguntó á pesar suyo

y como pretendiendo consolar á la misma que tan mala impresion la habia causado hasta entonces con su criminal conducta.

Eugenia apartó las manos de sus ojos, y miró á través de sus lágrimas á aquel ángel que tanto daño la debia.

La hija de Montenegro, á su vez, se extrañó de que la suya la demostrase el más leve interés...

¡La habia ofendido tanto, la habia hecho tan desgraciada!

Hija y madre se contemplaron mucho tiempo, sorprendidas la una de la otra, sintiendo acaso por la primera vez cierta atraccion simpática, de que no se habian creido capaces...

¡Cosa inexplicable para María! Aquellas lágrimas que jamás habia creido capaz de ver correr por las mejillas de tan pérfida mujer, causaron en su bueno y sensible corazon un efecto mágico.

Aquel llanto pareció borrar su terror, el miedo que hácia Eugenia sentia:

Era para Eugenia una especie de redencion.

Esta, que por un momento se quedó como sumida en un éxtasis al escuchar el timbre celestial de aquella voz cariñosa, se levantó de su asiento con una sensacion extraña.

—¡Quisiera hablarte á solas un momento, hija mia!— dijo con voz suplicante y baja, acercándose á María, quien dirigiéndose á los criados, que atónitos presenciaban esta escena, les mandó salir de la habitacion.

Eugenia y María se quedaron solas.

En aquella ocasion, por uno de esos fenómenos que el tiempo y las circunstancias obran en las criaturas huma-

nas, Eugenia era la que se sentia sobrecogida, tímida, cortada, por decirlo así, delante de su hija.

Su vacilacion y temor eran tan marcados, que sin darse cuenta ella misma del rápido cambio que se obraba en su corazon, tuvo que dar alientos á su madre para que hablára, rompiendo al fin un prolongado y embarazoso silencio.

—Ya estamos solas, señora,—dijo.

Eugenia hizo un esfuerzo, miró á su hija con una mezcla de pesar y de ternura, cruzó desalentada sus manos, y dijo con la voz temblorosa:

—No quiero pedirte perdon, porque no soy digna de él.

—¡Señora!... murmuró la jóven como aterrada por la humillacion á que tal vez sinceramente se abandonaba su madre.

—No, no lo merezco; he sido... soy muy mala, y jamás debes mirarme sino con horror: tu alma sencilla y angelical debe rechazarme como á un demonio...

El llanto embargó la voz de Eugenia.

María, dominada á su pesar, sintió tambien que sus ojos se humedecian, y si hubiese podido leer entonces Eugenia en el alma generosa de su pobre hija, acaso habria encontrado fácil el camino de una rehabilitacion.

Una santa piedad fué, sin que ella misma se diese cuenta de este sentimiento, el perdon que espontáneamente la hizo mirar desde aquel punto á la autora de sus dias sin el terror que antes la inspiraba.

Una sola lágrima, en la dulce region del sentimiento, arrastra más el ánimo que las frases mas elocuentes.

Bien decia un escritor sagrado, que ante Dios, y en la balanza del arrepentimiento, pesa tanto la lágrima sincera

del pecador, como las mayores y mas numerosas virtudes del justo.

Por eso, la última hora del criminal puede ser muchas veces la hora de su redencion, si es tambien por ventura suya la hora, jamás tardía, del arrepentimiento.

El perdon para las almas buenas y grandes es una intuicion, un destello que se desprende de la misericordia de Dios, y se encarna en el espíritu del hombre.

Sin esa misericordia emanada de la Divinidad, la justicia humana en cualquier caso dejaria de ser justicia, para ser únicamente una terrenal venganza.

María empezó por sentirse dominada, llena de esa divina misericordia.

Y ¿cómo no, si como muy bien decia Utrera, poseia el corazon de un ángel?

Las lágrimas de su madre, lágrimas para ella imposibles, caian sobre su corazon como el rocío benéfico en los cálices de las flores.

El cáliz virginal de su alma se abria desapercibidamente á las emanaciones de aquel llanto, arrancado segun ella por el arrepentimiento, por el horror del pasado.

Entonces y solo entonces fué cuando sus ojos pudieron fijarse en el rostro de su madre.

Eugenia, á pesar de su edad, conservaba toda su belleza, realzada en aquella ocasion por cierta palidez, hija del padecimiento, y por el llanto que sus ojos vertian.

La pobre niña, al contemplarla en aquella ocasion, lo hizo con secreto interés.

Y de sorpresa en sorpresa, perdiendo rápidamente y uno tras otro los escrúpulos y los recelosos temores que antes la habian dominado, llegó sin esfuerzo hasta la simpatía, sintiendo como suyo el dolor de aquella mujer, de

aquella madre, antes tan perversa, tan dura, y que ahora lloraba.

Las lágrimas de Eugenia abrieron, pues, la frente á las suyas, que dejó correr silenciosamente sin cuidarse de reprimirlas.

Eugenia las vió correr.

Y comprendiendo por instinto, con el instinto de madre, lo que ganaba por momentos en el corazón de María, fuertes y misteriosos latidos agitaron su fibra, hasta entonces más insensible y recóndita.

No fué dueña de sí misma; así es que exclamó llena de inefable consuelo, que se revelaba en su acento entrecortado:

—¡Ah!... ¡también lloras!... gracias, hija mía, gracias: soy en verdad bien digna de compasión, porque ni aun me creo merecedora de que tú te apiades de mí...

—¡Señora!—exclamó María como aterrada por la humillación de su madre.

Pero esta repitió:

—La verdad, María, la verdad; soy la mujer más criminal y odiosa de la tierra, y porque lo conozco, porque he dado grandes motivos para que me desprecien los mismos cuyo cariño no he debido enajenarme nunca... ¡Oh! gracias, repito, gracias, porque tú siquiera tienes compasión de esta desgraciada.

María volvió á exclamar, como si las palabras de su madre la hicieran daño:

—¡Por Dios!... no hable Vd. de ese modo... no debo permitir que Vd. prosiga..... mas..... ¿será posible Dios mio!....

La jóven se inmutó al decir esto.

Y dominada, vencida, no fué dueña de contenerse, y

las lágrimas que antes corrían en silencio, se convirtieron ahora en sollozos, estableciéndose por fin entre la madre y la hija una cadena simpática, que los desaciertos de aquella y su aun reciente crueldad habían imposibilitado hasta entonces.

Nuestros lectores se extrañarán sin duda al presenciar esta escena.

De ella, sin embargo, daremos bien pronto una explicación, que la justificará cumplidamente.

Probablemente nuestros lectores, por lo que aparece, habrán podido inferir algo semejante á una reacción singular, á una metamorfosis, á un cambio extraordinario, inverosímil, en el corazón de aquella inconcebible mujer.

Su inesperada presencia en aquella casa, delante de su hija, en tan críticos momentos; su actitud, sus lágrimas, infundieron algo más que la confusión y la sorpresa en el ánimo de la desconsolada María.

Decíamos que también los ojos de esta se humedecieron; y Eugenia, que á través de las suyas vió correr aquellas lágrimas preciosas, tal vez debió sentir como un impulso de gratitud hácia el generoso tributo que á su dolor rendía aquel hermoso fruto de sus hasta entonces empedernidas entrañas.

Por un momento se sintió dominada, atraída, y pareció como que una fuerza irresistible, íntima, la impulsaba á correr, con los brazos abiertos, para estrechar á la que así perdonaba tan enormes deudas con una espontánea simpatía, con la dulce simpatía del llanto.

Un vértigo cruzó la mente y agitó el corazón de Eugenia.

Cierta dulzura, un consuelo inefable refrescó su pecho,

en aquel instante agitado por violentas emociones, acaso por los remordimientos.

Dió un paso rápido en direccion á María; pero no bien lo intentó, se detuvo repentinamente.

—¡Ah! exclamó entre sollozos,—¡tambien tú lloras!... al fin tienes compasion de mí! Verdaderamente, bien la merezco!... ¡Bendita... bendita seas!

Y quizás flexible y débil por la primera vez de su vida sedentaria, Eugenia redobló su llanto, llanto precioso y venerable aun al desprenderse de los ojos del mayor criminal, y que en la senda de la maldad es siempre el principio de una redencion santa y verdadera.

La conmocion de María fué creciendo rápidamente, y desde entonces Eugenia se hizo lugar con sus lágrimas en el corazon de la jóven.

## CAPITULO XXXVI.

### La casa de Correos.

Habíase establecido, despues de aplacada la efervescencia del pueblo, un sistema de terror, de venganza y exterminio, quizás más sangriento, más inhumano que las escenas anteriores.

Apenas el rencoroso Murat fué dueño absoluto de la situación, se entregó á toda suerte de represalias.

En aquel corazon malévolo y ambicioso no cabian los sentimientos leales.

Corrido, avergonzado de haber tenido que luchar durante algunas horas, y con desventaja en algunos momentos, contra un pueblo inerme y valeroso, si este, movido por su generosidad proverbial, no habia tenido inconveniente en ceder á las sugeriones de sus autoridades, ni en deponer las armas, entregándose desde luego á la tranquilidad y á la confianza que le inspiraban promesas bien solemnes de paz y de concordia, el francés, el soberbio caudillo, herido en su amor propio, sediento de sangre,

consecuente con su inundo y criminal pasado, con el pasado, en que tanto contribuyó á alimentar la guillotina, no descansó hasta dar á la capital de España un nuevo ejemplo de su innata ferocidad.

Y como si la pacificacion del pueblo fuese para él la señal convenida, no bien los pacíficos habitantes creyeron terminada la desolacion reciente, y se entregaban en lo posible á la consoladora esperanza, comenzó á dictar medidas, cuyo fin era conseguir el desquite de las pérdidas ocasionadas en su ejército.

Ya hemos indicado que las ilusas autoridades españolas, fiadas en el convenio celebrado con el caudillo francés, descansaban en el puntual cumplimiento de lo pactado.

En la casa de Correos, mandaba por los españoles, un italiano al servicio de España.

Era este el general Sesti.

Cuando en la Puerta del Sol hubo llegado á su mayor apogeo la refriega, el anciano Montenegro, impelido por las masas, se encontró separado de sus amigos.

Utrera no habia podido encontrarle en los primeros momentos, y despues renunció por inútil á este propósito, comprendiendo además que habia llegado para él, como para el pueblo, la ocasion decisiva, en aras de cuya alta importancia, no el sacrificio del abuelo de su querida Maria, sino tambien la existencia de su propia madre, hubieran sido muy poca cosa; y este sentimiento no causará siquiera admiracion á nuestros lectores, toda vez que en España no es tampoco ejemplar el sacrificio del padre al hijo ó del hijo al padre en honor y defensa de la pátria.

Desviado Montenegro por una violenta oleada, fué llevado á una extremidad de la Puerta del Sol.

Al llegar á una casa situada en la esquina de la calle

del Cármen, un grupo situado á su puerta le obligó á detenerse.

Componíanle un puñado de hombres del pueblo, que armados y dispuestos á la pelea, se preparaban á ocupar una posición, que por aquella parte podia ser atacada.

El anciano, al tropezar contra aquel puñado de valientes, con la cabeza descubierta, los blancos cabellos en desorden y la ropa descompuesta, se ofreció á la vista del grupo, lleno de majestad imponente.

A pesar de que habia sido rechazado por las oscilaciones de las masas hasta aquel punto, el aliento no le habia abandonado, ni de su severo rostro desapareció tampoco la expresión de la indignación santa y patriótica que rebosaba en su corazón.

Aquel anciano venerable, cuyo resuelto ademán se revelaba en su singular aspecto, cautivó á los hombres del pueblo.

Uno de ellos, que parecia capitanear ó dirigir á los demás, habia preguntado á Montenegro, no atreviéndose á creer que su presencia allí fuese obra de otra cosa que de haberle sorprendido el motin como á una de tantas gentes desprevenidas :

—¿Vive Vd. muy lejos, caballero?

—No mucho; en la calle del Prado,—respondió.

—¡Ah! en ese caso es difícil que vuelva Vd. allí con seguridad, sin dar antes muchos rodeos, pues el enemigo atacará los puntos más cercanos...

Montenegro respondió con imperturbable seguridad y resolución :

—Eso me importaría el saberlo, si yo pretendiese abandonar este sitio; pude haberlo intentado en tiempo...

—¿Qué pretende Vd. entonces?—le preguntó su inter-